

La Hermana María Marta Chambon
de la Visitación de Santa María de Chambéry
y
Las Santas Llagas de Nuestro Señor Jesucristo

SANTANDER MCMXXIV

Chambéry, 21 de Noviembre de 1923.

Por orden de S.I. Monseñor Castellan he leído el libro intitulado *La Hermana María Marta Chambon y las Santas Llagas de Nuestro Señor Jesucristo* y no he hallado nada en él que no pueda explicarse con conformidad de fe y de costumbres con la doctrina de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Fr. Bouchage, C. SS. R.

Censor.

IMPRIMATUR.

Chamberii, 21. Nov. 1923.

+ Dominicus

Archiep. Camberiensis.

Santanderii, 20 Maii 1924.

Imprimi potest.

+ Joannes

Episcopus Santanderiensis.

De mandato S. I. R.

Dr. Aurelius Yanguas, C. S.

En el relato de los hechos contenidos en esta reseña y en la elección de expresiones, declaramos que no queremos anticiparnos en nada al juicio de la santísima Iglesia, nuestra Madre, a la cual estamos consagradas y sometidas de lo más íntimo de nuestros corazones.

La Superiora y las Religiosas de la Visitación de Santa María, de Chambéry.

¡Dios sea bendito!

VIVA + JESÚS

Al lector.

No otro intento nos mueve a publicar en nuestra hermosa lengua el presente opúsculo, sino el de ayudar a las almas a comprender más y más el amor ardiente que el Corazón de Jesús para ellas encierra y los infinitos méritos que en sus Llagas Sacratísimas tenemos.

En nuestra *humilde tierra* nació y se arraigó este hermosísimo *árbol de la devoción* al Sagrado Corazón. Jesús lo dio a su *pequeñita Visitación*, para que ella extendiera por el mundo entero *los frutos preciosísimos de ese árbol de vida* y aquella queja que al entregarle su Corazón, *“ardiendo en llamas y coronado con una cruz”*, escuchó un día nuestra Hermana Margarita María de Alacoque: *“He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y de los cuales es tan mal correspondido”*, resuena siempre en los nuestros cual *eco* dulcísimo que nos recuerda nuestra sublime misión de *“ser las consoladoras de las agonías, de los dolores de su amabilísimo Corazón”*. Y si a esto añadimos el estar nuestro Monasterio tan cerca del privilegiado Santuario de Limpias, de ese trono, donde desde su *Cruz* se complace nuestro dulcísimo Redentor en atraer a sus pies a las almas para que contemplen sus dolores y sepan apreciar, agradecer y recoger los inmensos frutos de su santísima Pasión, de su preciosísima Sangre y de sus adorables Llagas, se comprenderá el porqué nos ha parecido ser nosotras las llamadas a hacer conocer a todas las almas justas y pecadoras las consoladoras palabras y las regaladísimas promesas que el Salvador se ha dignado hacernos por medio de otra alma privilegiada, florecita humilde del humildísimo jardín de San Francisco de Sales: Hermana María Marta Chambon, a quien el divino Salvador decía: *“Yo te he escogido para despertar la devoción a mi santa Pasión en los desgraciados tiempos en que vivís.”*

En estas páginas encontrarán todos cuantos las leyeren luz, consuelo, fortaleza y esperanza dulcísima, que les hará exclamar con San Bernardo: *“¡Oh, Jesús, tus Llagas son mis méritos!”*

Así, pues, en este día de la Invencción de la Santa Cruz ponemos a los pies del Santo Cristo de la Agonía nuestro modesto trabajo para que Él lo bendiga y haga que en estas páginas beban muchas almas el amor y la devoción a sus Santas Llagas, que, según su promesa, *“repararán las nuestras”*.

Las Hermanas de la Visitación de Santa María.

De nuestro Monasterio de Santander, a 3 de Mayo de 1924, *fiesta de la Invencción de la Santa Cruz*.

VIVA + JESUS

La Hermana María Marta Chambon
de la Visitación de Santa María de Chambéry
y
Las Santas Llagas de Nuestro Señor Jesucristo

Infancia y juventud (1)

Francisca Chambon, nació de una familia modesta, pero muy cristiana, de labradores en el caserío de la Cruz Roja en Chambéry, el 6 de Marzo de 1841 (*). En el mismo día recibió el santo Bautismo en la iglesia parroquial de San Pedro de Lémenc.

Quiso Nuestro Señor desde muy temprano revelarse a esta alma inocente. Apenas tenía Francisca nueve años, cuando llevándola su tía un Viernes Santo a la adoración de la Cruz, Cristo, Nuestro Señor, se ofreció a sus miradas, desgarrado, ensangrentado, como en el Calvario. “*¡Oh, en qué estado estaba!...*”, nos dirá ella más tarde.

Esta fue una primera revelación de la *Pasión* del Salvador que tanto lugar había de tener en su existencia. Mas la aurora de su vida aparece sobre todo favorecida por las visitas de *Jesús Niño*. El día de su primera Comunión, Él vino a ella visiblemente; desde entonces, en cada una de sus Comuniones, hasta su muerte, será siempre el Niño Jesús a quien verá en la santa Hostia. Él se hace el compañero inseparable de su juventud, la sigue al trabajo en el campo, habla con ella por el camino, la vuelve a la choza paterna: “*Estábamos siempre juntos... ¡Ay, qué feliz era yo! ¡tenía el paraíso en el corazón!...*”, decía ella hacia el fin de su vida, recordando esos dulces y lejanos recuerdos.

En la época de estos precoces favores, Francisca no pensaba en hacer la confidencia de su vida de familiaridad con Jesús; se contentaba con gozar de ella, creyendo ingenuamente que todo el mundo poseía el mismo privilegio.

Sin embargo, el fervor y la pureza de esta niña no podían pasar desapercibidos al digno Cura de la parroquia; así la admitió con frecuencia a la santa Mesa. Y él fue quien descubrió en ella la vocación religiosa y la vino a presentar a nuestro Monasterio.

(1) No se encontrará aquí una Vida completa de la Hermana María Marta Chambon, sino sencillamente algunas indicaciones biográficas, encajando un Expuesto de su devoción preferida: La devoción a las Santas Llagas.

(*) Esta es la fecha correcta.

Primeros años de Religión.

Diez y ocho años tenía Francisca Chambón cuando la Visitación de Santa María de Chambéry le abrió sus puertas. Dos años después, en la fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles, 2 de Agosto de 1864, pronunciaba los santos votos y tomaba lugar definitivamente, con el nombre de Hermana María Marta, entre las religiosas de velo blanco.

Nada en lo exterior prevenía en favor de la nueva esposa de Jesucristo. La belleza de la hija del Rey era verdaderamente toda interior... Dios, que, sin duda, se reservaba compensaciones, había tratado a la Hermana María Marta respecto a los dones exteriores con una verdadera parsimonia. Modales y lenguaje rústicos; un entendimiento más bien mediano, que ninguna cultura, ni aun somera, viniera a desarrollar; la Hermana María Marta no sabía leer ni escribir (1) -sentimientos que no se elevarán sino bajo la influencia divina; un temperamento vivo y algún tanto terco; las Hermanas, sus compañeras, lo declaran sonriendo: “*¡Oh! Santa: ¡era una verdadera santa!; pero ¡cuánto ejercitaba algunas veces! ¡La santa bien lo sabía! En su sencillez encantadora se quejaba a Jesús de tener tantos defectos: “Tus imperfecciones, la contestaba Él, son la mayor prueba de que todo lo que en ti pasa viene de Dios. Yo no te las quitaré nunca; son la tapa que oculta mis dones. ¿Tienes muchos deseos de ocultarte? ¡Yo tengo aún más que tú!...”*”

(1) Conviene no perder nunca de vista esta completa ignorancia de la Hermana María Marta; de una parte se admirarán de encontrar tanta exactitud doctrinal y precisión de expresión en una persona tan poco cultivada; por otra parte se excusará fácilmente lo que puede dejar que desear en “ciertos detalles que no se refieren a lo sustancial de las cosas” (Apreciación del R. P. Mazoyer, S. J.).

Enfrente de este retrato, se colocaría con gusto un segundo con líneas muy de otro modo atractivas. Bajo el exterior de un bloque informe, la observación más atenta de los Superiores no tardó en adivinar una fisonomía moral ya hermosísima y que se embellecería cada día bajo la acción del Espíritu de Jesús. Notábanse en ella de esos rasgos trazados con señales infalibles que revelan al Artista divino... y lo revelan tanto mejor cuanto que la falta de gracias de naturaleza no ha desaparecido. ¡En ese entendimiento tan corto, cuántas luces, cuántas ideas profundas! ¡En ese corazón sin cultura natural, qué inocencia, qué fe, qué piedad, qué humildad, qué sed de sacrificios! Bastará por el momento recordar el testimonio de su superiora, nuestra respetable Madre Teresa Eugenia Revel: *La obediencia es todo para ella. El candor, la rectitud, el espíritu de caridad que la animan, su mortificación y, sobre todo, su humildad sincera y profunda, nos parecen los más seguros garantes de la conducta de Dios sobre este alma. Cuanto más recibe, mayor es el verdadero desprecio de sí misma, estando casi habitualmente aplastada por el temor de estar en ilusión. Dócil*

a los consejos que se la dan, las palabras del Sacerdote y de la Superiora tienen grande poder para darle la paz... Lo que nos tranquiliza, sobre todo, es su amor apasionado por la vida oculta; su imperiosa necesidad de ocultarse a toda mirada humana y el terror que tiene de que se den cuenta de lo que en ella pasa.”

Los dos primeros años de vida religiosa de nuestra Hermana se deslizaron bastante normalmente. Fuera de un don de oración poco ordinario, de un recogimiento perpetuo, de un hambre y sed de Dios siempre creciente, nada verdaderamente particular ni que haga prever cosas extraordinarias se advirtió en ella.

Pero en Septiembre de 1866, la joven conversa empieza a ser favorecida con frecuentes visitas de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen, de las Almas del Purgatorio y de los Espíritus bienaventurados.

Jesús crucificado, sobre todo, la ofrece casi a diario sus *Llagas divinas* para contemplarlas, ya resplandecientes y gloriosas, ya lívidas y ensangrentadas, rogándola que se asocie a los dolores de *su santa Pasión*.

Velas y penitencias corporales.

Las Superiores, inclinándose ante las señales ciertas de la voluntad del cielo -señales sobre las cuales no podemos detenernos en este corto compendio-, se deciden poco a poco, a pesar de sus temores, a entregarla a las exigencias de Jesús Crucificado.

La Hermana María Marta se ve primero invitada a pasar las noches tendida sobre el suelo de su celda. Después recibe la orden de llevar día y noche un rudo cilicio. En seguida debe tejerse una corona de agudas espinas que no le permite descansar su cabeza sin sentir un vivo sufrimiento.

Al cabo de ocho meses, en Mayo de 1867, no contento de las noches pasadas en el suelo, con el cilicio y la corona de espinas, Jesús exige a la Hermana María Marta el sacrificio de su mismo sueño, mandándole velar sola, cerca del Santísimo Sacramento, mientras que todo dormía en el Monasterio.

A tales exigencias, no se encuentra a gusto la naturaleza. ¿Mas no es esto lo que premian habitualmente los favores divinos?... En el silencio de las noches, se comunica Nuestro Señor a su sierva del modo más maravilloso. Algunas veces, sin embargo, la deja luchar penosamente, durante largas horas, contra el cansancio y el sueño. Empero, lo más ordinario es que se apodere de ella inmediatamente y la arrebatase en una especie de éxtasis. Él la confía sus penas y sus secretos de amor, la colma de caricias, toma su corazón para sumergirle en el suyo. Sus encantos sobre este alma humildísima, sencillísima y dócil crecen cada día.

Tres días de éxtasis.

En el mes de Septiembre de 1867, la Hermana María Marta, así como se lo había anunciado el divino Maestro, cayó en un estado incomprensible, al que sería difícil dar nombre alguno. Se la veía tendida en su cama, inmóvil, sin habla, sin vista, no tomando alimento alguno; el pulso, sin embargo, era muy regular, y el color del rostro ligeramente sonrosado. Esto duró tres días, 26, 27 y 28, en honor de la Santísima Trinidad. Para la querida vidente fueron tres días de gracias excepcionales...

Todo el esplendor de los cielos vino a iluminar el humilde recinto adonde bajó la Santísima Trinidad. Dios Padre, presentándole a Jesús en una Hostia, le dijo: “*Yo te doy Aquel que tan a menudo tú me ofreces*”, y la dio la comunión. Después le descubrió los misterios de Belén y de la Cruz, ilustrando su alma con vivas luces sobre la Encarnación y la Redención.

Sacando en seguida de Sí mismo su Espíritu como un rayo de fuego, se lo dio: “*¡Está ahí dentro, afirmó Él, la luz, el sufrimiento y el amor!... El amor será para Mí; la luz, para descubrir mi voluntad; el sufrimiento, en fin, para sufrir de momento en momento como Yo quiero que sufras tú.*”

El último día, invitándola a contemplar en un rayo que del cielo bajaba hacia ella la Cruz de su Hijo, el Padre celestial *la dio mejor a comprender* las Llagas de Jesús para su bien personal. Al mismo tiempo, en otro rayo que partía de la tierra para llegar al cielo, ella vio claramente su “MISIÓN” y cómo debía hacer valer los méritos de las Llagas de Jesús para el mundo entero.

Juicio de los Superiores eclesiásticos.

La Superiora y la directora de un alma tan privilegiada no podían tomar sobre sí solas la responsabilidad de este camino extraordinario. Consultaron a los Superiores eclesiásticos, particularmente a los Señores Canónigo Mercier, Vicario general y Superior de la Casa, sacerdote de muy buen criterio y grande piedad; R. P. Ambrosio, provincial de los Capuchinos de Saboya, hombre de gran valor moral y doctrinal, y Canónigo Bouvier, llamado “el Ángel de los Montes” capellán de la Comunidad, cuya reputación de ciencia y santidad salvaban los límites aún de nuestra Provincia.

El examen fue serio y completo. Los tres examinadores estaban acordes en afirmar que el camino por el que andaba la Hermana María Marta llevaba el Sello Divino.

Aconsejaron que se *pusiera todo por escrito*; pero, tan prudentes como ilustrados, juzgaron, por otra parte, que era necesario guardar estos hechos bajo el velo del secreto, hasta que agradara a Dios revelarlos por Sí mismo.

He aquí por qué la Comunidad permaneció ignorante de las insignes gracias con que era favorecida en uno de sus miembros -el menos apto, en el sentido humano- para recibirlos.

He aquí también por qué, teniendo como una consigna sagrada el parecer de los Superiores eclesiásticos, nuestra respetable Madre Teresa Eugenia Revel se puso a relatar día por día, con una exactitud escrupulosa, que llegaba hasta hacerla respetar ciertas faltas fruto de la ignorancia o de falta de memoria, las narraciones de la humilde conversa, a quien, por otra parte, Nuestro Señor daba orden de no ocultar nada a su Superiora:

“Declaramos aquí en presencia de Dios y de Nuestros Santos Fundadores, por obediencia y lo más exactamente posible, lo que creemos sernos enviado del cielo por una predilección toda amorosa del divino Corazón de Jesús, para la felicidad de nuestra Comunidad y para bien de las almas. Dios parece haber escogido en nuestra humilde familia el alma privilegiada que debe renovar en nuestro siglo la devoción a las Santas Llagas de Nuestro Señor Jesucristo. Nuestra Hermanita Doméstica María Marta Chambon es la que el Salvador gratifica con su presencia sensible. La muestra cada día sus divinas Llagas, a fin de que haga valer constantemente sus méritos por las necesidades de la Santa Iglesia, la conversión de los pecadores, las necesidades de nuestro Instituto, y, sobre todo, por el alivio de las Almas del Purgatorio.”

“Jesús hace de ella su juguete de amor y la víctima de su Beneplácito, y nosotras, llenas de reconocimiento, experimentamos en cada instante la eficacia de sus oraciones sobre el Corazón de Dios.”

Tal es la declaración con la que se abre la relación de nuestra respetable Madre Teresa Eugenia Revel, digna confidente de los favores de lo Alto. De estas notas tomamos las citas que siguen.

La “Misión”.

“Una cosa me da pena -decía el dulcísimo Salvador a su siervecita-: es que hay almas que miran la devoción a mis Llagas con extrañeza, como despreciable, como una cosa que no conviene; por eso decae esta devoción y se la olvida.”

“En el Cielo tengo Santos que han tenido una grande devoción a mis santas Llagas, pero en la tierra no hay casi nadie que me honre de esta manera.”

¡Qué bien fundada es esta queja! ¡En un mundo en donde gozar parece la única preocupación, ¡cuántas personas, aun cristianas, han perdido el sentido del sacrificio!... ¡Cuán pocas almas comprenden la cruz! ¡Cuán pocas son aficionadas a meditar la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, que San Francisco de Sales tan

justamente llamaba “*la verdadera escuela del amor, el más dulce y el más violento motivo de la piedad*”.

Jesús, pues, no quiere que se quede sin explotar esta mina inagotable, que queden olvidados y perdidos los frutos de sus santas Llagas. Él se escogerá -¿no es esto lo que acostumbra?- el más humilde de los instrumentos para cumplir su obra de amor.

El 2 de Octubre de 1867, asistía la Hermana María Marta a una “toma de hábito”, cuando, entreabriéndosele la bóveda del Paraíso, vio allí desarrollarse la misma ceremonia en esplendores muy distintos de los de la tierra. Toda la Visitación del Cielo estaba presente; volviéndose hacia ella las primeras Madres, como para anunciarle una buena nueva, la dijeron gozosas: “*El Padre Eterno ha dado a su Hijo a nuestra santa Orden de tres maneras:*

1ª. Jesucristo, su Cruz y sus Llagas, a esta casa más particularmente.

2ª. Su sagrado Corazón.

3ª. Su santa Infancia para honrarla; es necesario que tengáis la sencillez del niño en vuestras relaciones con Él.”

Este triple don no parece nuevo. Remontándose al origen del Instituto, encontramos en la vida de la Madre Ana Margarita Clément, contemporánea de Santa Juana de Chantal, estas tres devociones, cuyo sello llevaron todas las Religiosas formadas por ella.

Quizá, y nos agrada creerlo, esta alma igualmente favorecida es la que, de acuerdo con nuestra Santa Madre y Fundadora, viene hoy a recordarlas a la elegida de Dios.

Algunos días más tarde, la respetable Madre María Paulina Deglapigny, fallecida hacía diez y ocho meses, se aparece a su antigua hija y la confirma este don de las santas Llagas: “*La Visitación tenía ya una grande riqueza; pero no la tenía completa. Ved por qué es feliz el día en que he dejado la tierra, porque en lugar de tener solamente al Sagrado Corazón de Nuestro Señor, tendréis toda la santa Humanidad, es decir, sus sagradas Llagas. Esta gracia la he pedido para vosotras.*”

¡El Corazón de Jesús! ¡Ah!, quien lo posee, ¿no posee a todo Jesús?, ¿todo el amor de Jesús?... Sin duda alguna. Pero las santas Llagas son como la expresión prolongada de este amor; y ¡cuán elocuente es! Así quiere Jesús que le honremos todo entero y que, adorando su Corazón herido, sepamos no olvidar sus demás Llagas, abiertas también por amor. A propósito de esto, no carece de interés el acercarse al don de *la Humanidad paciente* de Jesús, hecho a nuestra Hermana María Marta, con el que fue gratificada en la misma época nuestra venerable Madre María de Sales Chappuis: el don de *la Humanidad santa del Salvador*.

San Francisco de Sales, nuestro Bienaventurado Padre, que visitaba muy a menudo a su querida hija para instruída paternalmente, no deja de asegurarla en la certidumbre de su “misión”.

Un día que hablaban juntos: *“Padre mío -le dijo ella con su habitual candor-. Ya sabéis que nuestras Hermanas no tienen ninguna confianza en mis afirmaciones, porque soy muy imperfecta.”* *“-Hija mía -respondió el Santo-, las miras de Dios no son las de la criatura; la criatura juzga según las miras humanas. Dios da sus gracias a una miserable que nada tiene, a fin de que todas se refieran a Él. Debes estar muy contenta de las imperfecciones que tienes, porque ocultan los dones de Dios. Dios te ha escogido para completar la devoción al Sagrado Corazón. ¡El Corazón ha sido mostrado a mi hija Margarita María y las santas Llagas a mi pequeña María Marta!... Es una felicidad para mi corazón de Padre que este honor sea dado por ti a Jesús crucificado! ¡Esto es el complemento de la Redención que Jesús tanto ha deseado!...”*

La Santísima Virgen vino también un día de la Visitación a confirmar a la joven Hermana en su camino. Acompañada de los Santos Fundadores y de nuestra santa Hermana Margarita María, la dijo con bondad: *“Yo doy mi Fruto a la Visitación, como se lo he dado a mi prima Isabel. Tu santo Fundador ha reproducido los trabajos, la dulzura y humildad de mi Hijo; tu Santa Madre, mi generosidad, pasando sobre todos los obstáculos para unirse a Jesús y hacer su santa voluntad; tu bienaventurada Hermana Margarita María ha reproducido al Sagrado Corazón de mi Hijo para darle al mundo... ¡Tú, hija mía, eres la escogida para detener la justicia de Dios, haciendo valer los méritos de la Pasión y de las santas Llagas de mi único y muy amado Hijo Jesús!...”*

Como la Hermana María Marta opusiera algunas objeciones sobre las dificultades que en esto encontraría: *“Hija mía -replicó la Inmaculada Virgen-, no tenéis por qué inquietaros ni tu Madre ni tú; bien sabe mi Hijo lo que ha de hacer... En cuanto a ti, haz solamente día por día lo que Jesús quiere.”*

Por otra parte, las invitaciones y alientos de la Santísima Virgen se irán multiplicando y tomarán todas las formas: *“Si queréis riquezas, id a sacarlas en las santas Llagas de mi Hijo... Todas las luces del Espíritu Santo brotan de las Llagas de Jesús; pero estos dones los recibiréis en proporción de vuestra humildad...”*

“Yo soy vuestra Madre, y os digo: ¡Id a sacar en las Llagas de mi Hijo!... Chupad su sangre hasta agotarla, lo cual nunca sucederá, sin embargo.

“Es necesario que tú, hija mía, apliques las Llagas de mi Hijo sobre los malos, para convertirlos.”

Después de las intervenciones de las primeras Madres, del Santo Fundador y de la Santísima Virgen, en este cuadro no podíamos olvidar las de Dios Padre, para quien nuestra querida Hermana sintió siempre una ternura, una confianza de hija, y verdaderamente fue divinamente mimada. El Padre fue el primero que la instruyó de su “misión” futura. De vez en cuando se la recuerda: *“Hija mía: Yo te doy a mi Hijo para que te ayude durante todo el día, a fin de que puedas pagar lo que por todos debes a mi justicia.*

“De las Llagas de Jesús tomarás constantemente con que pagar las deudas de los pecadores.”

Hacia la Comunidad procesiones y oraciones por diferentes necesidades: *“Todo lo que en eso me dais es nada -declaró Dios Padre.” “-Si no es nada -replicó la atrevida hija-, os ofrezco entonces todo lo que ha hecho y sufrido vuestro Hijo por nosotros.” “-¡Ah!-respondió el Padre Eterno-¡Esto es grande!...*

Por su parte, Nuestro Señor, para fortificar a su sierva, la renueva varias veces la seguridad de que realmente ella es ciertamente llamada a reavivar la devoción a las Llagas redentoras. *“Yo te he escogido para despertar la devoción a mi Santa Pasión en los desgraciados tiempos en que vivís.”* Después, mostrándole sus santas Llagas como un libro en el que Él quiere enseñarla a leer, el buen Maestro añade: *“No muevas los ojos de encima de este libro, y en él aprenderás más que todos los mayores sabios. La oración a las santas Llagas lo comprende todo.”*

Otra vez, en el mes de junio, mientras estaba postrada a los pies del Santísimo Sacramento, Nuestro Señor, abriendo su Corazón sagrado, como la fuente de todas las demás Llagas, insiste de nuevo: *“¡He escogido a mi fiel sierva Margarita María para dar a conocer mi divino Corazón, y a mi pequeña María Marta para insinuar la devoción a mis otras Llagas!... Mis Llagas infaliblemente os salvarán; ellas salvarán al mundo.”*

En otra circunstancia: *“Tu camino -la dijo Él- es darme a conocer y hacer que me amen por mis santas Llagas, sobre todo en adelante.”* Le pide que ofrezca sin cesar sus Llagas por la Salvación del mundo. *“-Hija mía, el mundo estará más o menos turbado según tú hayas hecho tu tarea... Tú eres escogida para satisfacer a mi Justicia. Encerrada en tu clausura, debes vivir aquí abajo como se vive en el Cielo, amarme, rogarme sin cesar para aplacar mi venganza y renovar la devoción a mis santas Llagas.*

“Yo quiero que por esta devoción se salven, no solamente las almas que contigo viven, sino muchas otras también. Un día te pediré Yo cuenta si has tomado de este tesoro para todas mis criaturas.

“Verdaderamente - le dirá Él aún más tarde-, verdaderamente, Esposa mía, Yo habito aquí en todos los corazones.

“Estableceré aquí mi reino y mi paz, destruiré por mi poder todos los obstáculos, porque Yo soy el Dueño de los corazones y conozco todas sus miserias.... Tú, hija mía, eres el canal de mis gracias. Aprende que el canal nada tiene de sí mismo; sólo tiene lo que se le hace pasar por dentro. Es necesario, como canal, que no te quedes con nada y que digas todo lo que Yo te comunique. Yo te he elegido para hacer valer los méritos de mi santa Pasión para todos; pero yo quiero que siempre estés oculta. Es cosa mía el dar a conocer más tarde que por este medio el mundo se salvará. ¡Y también por las manos de mi Madre Inmaculada!...”

Motivos de devoción a las santas Llagas.

Al confiar esta “*misión*” a la Hermana María Marta, el Dios del Calvario se complacía en revelar a su alma arrobada los innumerables motivos de invocar las Llagas divinas, como también los beneficios de esta devoción.

Cada día, a cada instante, para excitarla a hacerse su ardiente apóstol, Él le descubre los inapreciables tesoros de estos manantiales de vida: *“Ninguna alma después de mi santa Madre ha tenido como tú la gracia de contemplar día y noche mis santas Llagas.*

“Hija mía: ¿Reconoces tú el tesoro del mundo?... El mundo no quiere reconocerlo. Yo quiero que tú lo veas así, para que comprendas mejor lo que he hecho al venir a sufrir por ti.

“Hija mía: Cada vez que ofrecéis a mi Padre los méritos de mis divinas Llagas, ganáis una inmensa fortuna. Sois semejantes a aquel que encontrara en la tierra un gran tesoro; pero como vosotras no podéis conservar esta fortuna, Dios la vuelve a tomar, y mi divina Madre también, para devolvéroslo en el momento de la muerte y aplicar sus méritos a las almas que los necesitan; porque debéis hacer valer la fortuna de mis santas Llagas. ¡No hay que quedarse pobres, porque vuestro Padre es muy rico! ... ¿Vuestra riqueza? ... ¡Es mi santa Pasión!

“¡El que está necesitado, que venga con fe y confianza, que saque constantemente del tesoro de mi Pasión y de los agujeros de mis Llagas!

“¡Este tesoro os pertenece!... ¡Todo está ahí!, ¡todo, excepto el infierno!

“¡Una de mis criaturas me ha hecho traición y ha vendido mi Sangre!; pero ¡podéis tan fácilmente rescatarla gota a gota!... Una sola gota basta para purificar la tierra y... ¡vosotras no lo pensáis! ¡No conocéis su precio!

“Bien hicieron los verdugos al atravesar mi costado, mis manos y pies, puesto que con esto han abierto fuentes de donde brotarán eternamente las aguas de mi misericordia. Solamente el pecado es el que ha sido la causa que hay que detestar.

“Mi Padre se complace en el ofrecimiento de mis sagradas Llagas y de los dolores de mi divina Madre. Ofrecérselos, es ofrecerle su gloria, ofrecer el Cielo al Cielo.

“¡He aquí con qué pagar, por todos los que tienen deudas! Porque ofreciendo a mi Padre el mérito de mis santas Llagas, satisfacéis por los pecados de los hombres.”
(1)

(1) Todas estas palabras fueron dichas en diversas circunstancias, especialmente en el año 1868. Ya se dirige Nuestro Señor a la Hermana Maria Marta sola, ya, por ella, a la comunidad y a todos los fieles.

Jesús la insta -y nos insta con ella- a venir a este tesoro. *“Hay que confiar todo a mis divinas Llagas y trabajar, por sus méritos, en la salvación de las almas.”*

Pide que lo hagamos con humildad: *“Cuando se hicieron mis santas Llagas, hubo en ello vanidad para el hombre, que creía que acabarían. Pero, no; serán eternas, y eternamente serán vistas de todas las criaturas. Te digo esto para que no las mires por rutina, sino que las veneres con grande humildad. Vuestra vida no es de este mundo; quitad las Llagas de Jesús, y os haréis terrenales... Sois demasiado materiales para comprender toda la extensión de las gracias que recibís por sus méritos... No miráis bastante al sol en su plenitud... Mis mismos Sacerdotes, no miran bastante al Crucifijo. Yo quiero que se me honre todo entero.*

“La mies es grande, abundante; es necesario humillaros, hundiros en vuestra nada para cosechar almas, sin mirar lo que habéis hecho ya.

“No hay que temer mostrar mis Llagas a las almas... ¡El camino de mis Llagas es tan sencillo y tan fácil para ir al Cielo!”

Nos pide hacerlo con corazones de Serafines. Designando un grupo de estos Espíritus angélicos, rodeando el altar durante la santa Misa, Él dijo a la Hermana María Marta: *“¡Ellos contemplan la belleza, la santidad de Dios!, admiran, adoran... no pueden imitar. En cuanto a vosotras, es necesario, sobre todo, contemplar los sufrimientos de Jesús para conformaros a Él. Es preciso llegarse a mis Llagas con corazones muy calientes, muy ardientes, y hacer con grande fervor las aspiraciones para obtener las gracias de retorno que solicitáis.”*

Nos pide hacerlo con una fe ardiente: *“Ellas (las Llagas) están del todo frescas, es necesario ofrecerlas como por la primera vez. En la contemplación de mis Llagas se*

encuentra todo para sí y para los demás. Te las voy a hacer ver para que entres en ellas.”

Nos pide que lo hagamos con confianza: “No debéis inquietarnos por las cosas de la tierra; ya veréis, hija mía, en la Eternidad lo que habréis ganado por mis Llagas. Las Llagas de mis sagrados Pies son un océano. Tráeme ahí todas mis criaturas; esas aberturas son bastante grandes para alojarlas allí a todas.”

Nos pide que lo hagamos en espíritu de apostolado y sin cansarnos nunca: Es necesario orar mucho para que mis santas Llagas se difundan en el mundo.” (En aquel momento, ante los ojos de la vidente, salieron de las Llagas de Jesús cinco rayos luminosos, cinco rayos de gloria que envolvieron el globo.)

“Mis santas Llagas sostienen al mundo.

“Es necesario pedirme la firmeza en el amor de mis Llagas, porque son el manantial de todas las gracias. Hay que invocarlas a menudo... llevar a ellas al prójimo... Es necesario hablar de ellas y volver con frecuencia a ellas, a fin de imprimir su devoción en las almas.

“Largo tiempo será necesario para establecer esta devoción; trabajad en ello con valor.

“¡Todas las palabras dichas con motivo de mis santas Llagas me dan gusto, un gusto indecible! Yo las cuento todas.

“Aun cuando hay quienes no quieren venir a mis Llagas, es necesario que tú, hija mía, los hagas entrar en ellas.”

Un día que la Hermana María Marta tenía una sed ardiente, la dijo su buen Maestro: “¡Hija mía: Ven a Mí, y Yo te daré un agua que apagará tu sed! En el Crucifijo hay para todo; ¡ahí hay con qué apagar la sed, hay para todas las almas!

“Todo lo tenéis en mis Llagas. Hacen obras sólidas, no por el goce, sino por el sufrimiento.

“Sois obreras que trabajáis en el campo del Señor; con mis Llagas ganaréis mucho y sin trabajo.

“Ofréceme tus acciones y las de tus hermanas, unidas a mis santas Llagas; nada puede hacerlas más meritorias ni más agradables a mis ojos. Hay en ellas riquezas incomprensibles, aun en las más pequeñas.”

Conviene notar aquí que en las manifestaciones y confidencias de que acabamos de hablar, el divino Salvador no se presenta siempre a la Hermana María Marta con el conjunto de sus adorables Llagas; a veces no le muestra más que una sola, aparte de las otras.

Así es como un día, después de esta ardiente invitación: *“Tú debes aplicarte a curar mis heridas contemplando mis Llagas”*, Él la descubre su Pie derecho, diciendo: *“¡Cuánto debes respetar tú esta Llagas y ocultarte en ella como la paloma!”*

Otra vez, le hace ver su Mano izquierda: *“Hija mía: Toma de mi Mano izquierda mis méritos para las almas, a fin de que estén a mi diestra por toda la Eternidad... Las almas religiosas estarán a mi diestra para juzgar al mundo; pero antes Yo les pediré cuenta de las almas que debieron salvar.”*

La Corona de Espinas.

Cosa conmovedora es el que Jesús reclame para su augusta Cabeza coronada de espinas un culto especialísimo de veneración, de reparación y de amor.

La Corona de Espinas fue para Él una causa de sufrimientos particularmente crueles: *“Mi Corona de Espinas me ha hecho sufrir más que todas las demás Llagas -confía a su esposa-, después del Huerto de los Olivos, ella fue mi sufrimiento más cruel. Para aliviármelo, debéis observar bien vuestra Regla.”*

Ella es para el alma fiel hasta la imitación un manantial de méritos. *“Mira -dice- esta Cabeza que ha sido taladrada por amor tuyo y por cuyos méritos debes ser coronada un día. ¡Bienaventurada el alma que haya bien contemplado y aún mejor practicado!”*

“He aquí donde está vuestra vida; andad sencillamente por ella, y caminaréis con seguridad.”

“¡Las almas que hayan contemplado y honrado mi Corona de Espinas en la tierra, serán mi corona de gloria en los cielos!”

“Por un instante que contempléis esta Corona aquí abajo, os daré una para la Eternidad... la Corona de Espinas es la que os valdrá la de la gloria.”

Es el don de elección que Jesús hace a sus privilegiados. *“Yo doy mi Corona de Espinas a mis privilegiados. Ella es el bien propio de mis esposas y de las almas favorecidas. Ella es la alegría de los Bienaventurados; pero para mis muy amados en la tierra es un sufrimiento.”* (Del sitio de cada espina, nuestra Hermana veía salir un rayo de gloria que es imposible describir.) *“Mis verdaderos siervos tratan de sufrir como Yo; pero ninguno puede llegar al grado de sufrimiento que Yo pasé.”*

De estas almas, Jesús solicita una más tierna compasión para su adorable cabeza. Oigamos este lamento del corazón que dirige a la Hermana María Marta al mostrarle su cabeza ensangrentada, toda taladrada, y expresando un tal sufrimiento que la pobrecita no sabía cómo decirlo: *“¡He aquí Aquel que tu buscas! ¡Mira en qué estado está!... Mira... arranca las espinas de mi Cabeza, ofreciendo a mi Padre por los pecadores el mérito de mis Llagas... Ve en busca de almas.”*

Como se ve, en estos llamamientos del Salvador se escucha siempre como un eco del eterno Sitio, la preocupación de salvar las almas: *“Ve en busca de almas.”*

“He aquí tu instrucción: el sufrimiento para ti; las gracias que tú debes tomar, para los demás. Una sola alma que hace sus acciones en unión con los méritos de mi santa Corona, gana más que la Comunidad entera.”

A estos rudos llamamientos, junta el Maestro los alientos que inflaman los corazones y hacen aceptar todos los sacrificios. Así es como en el curso de Octubre de 1867 se presenta a los ojos arrobados de nuestra joven Hermana, con esta Corona, toda irradiada de una gloria brillante: *“¡Mi Corona de Espinas ilumina al Cielo y a todos los Bienaventurados! Hay en la tierra algunas almas privilegiadas a quienes yo la mostraré; pero la tierra es demasiado tenebrosa para verla.*

“Mira, ¡qué hermosa es, después de haber sido tan dolorosa!”

El buen Maestro va más lejos; Él la asocia igual a sus triunfos que a sus sufrimientos... le hace entrever la futura glorificación. Aplicándole con vivos dolores esta santa Corona sobre la cabeza: *“Toma mi Corona, y en este estado te contemplarán mis Bienaventurados.”* Después, dirigiéndose a los Santos y designando a su querida víctima: *“He aquí -dice- el Fruto de mi Corona.”*

Felicidad para los justos es la santa Corona, y, en cambio, para los malos es un objeto de terror. Esto es lo que vio un día la Hermana María Marta en un cuadro ofrecido a su contemplación por Aquel que tenía gusto en instruir la, revelándole los Misterios del más allá.

Todo iluminado de los resplandores de esta divina Corona, apareció ante sus ojos el Tribunal en que las almas son juzgadas. Y he ahí lo que sucedía continuamente delante del Juez soberano. Las almas que habían sido fieles durante su vida, se echaban con confianza en los brazos del Salvador. Las otras, a la vista de la santa Corona y recordando el amor de Nuestro Señor que habían despreciado, se precipitaban aterradas en los eternos abismos.

Fue tanta la impresión de esta visión, que la pobre hermana, al contarla, temblaba aún de temor y espanto.

¡El Corazón de Jesús!

Si el Salvador descubría así todas las bellezas y todas las riquezas de sus divinas Llagas a la humilde Conversa, ¿podía dejar de abrirle los tesoros de su grande herida de amor?

“Ved aquí el manantial del que debéis sacarlo todo; es rico, sobre todo, para vosotras!...” -decía Él mostrándole sus Llagas con un resplandor luminoso, y la de su sagrado Corazón, que brillaba entre las otras con un brillo incomparable:

“Ven solamente aquí a la Llaga de mi divino Costado... esta es la Llaga del amor, de donde salen llamas muy vivas.”

Algunas veces, durante varios días seguidos, Jesús le concedía la vista de su santísima Humanidad gloriosa. Entonces Él se mantenía cerca de su sierva, conversaba amigablemente con ella, como en otro tiempo con nuestra santa Hermana Margarita María Alacoque. Esta última, que nunca se apartaba del Corazón de Jesús, decía: *“Así es como Nuestro Señor se me mostraba a mí”*; mientras tanto, el buen Maestro reiteraba sus amorosas invitaciones:

“Ven a mi Corazón; nada temas... Pon aquí tus labios para sacar la caridad y derramarla en el mundo... Mete aquí tu mano para coger mis tesoros.”

Un día, Él le da parte de su inmenso deseo de derramar las gracias que desbordan de su Corazón: *“Coge, porque la medida es colmada. No puedo ya contenerlas; tantas ganas tengo de darlas.”*

Otra vez es una invitación a que utilice aún y siempre esos tesoros: *“¡Venid a recibir la expansión de mi Corazón que desea derramar su excesiva plenitud! Quiero derramar en vosotras de mi abundancia, porque hoy he recibido en mi misericordia algunas almas salvadas por vuestras oraciones.”*

A cada instante, bajo diversas formas, hace llamamientos a una vida de unión con su sagrado Corazón:

“Mantente bien pegada a este Corazón para tomar y derramar mi Sangre.

“Si queréis entrar en la luz del Señor, es necesario ocultaros en mi divino Corazón... Si queréis conocer la intimidad de las entrañas de misericordia de Aquel que tanto os ama, es necesario pegar vuestra boca a la abertura de mi sagrado Corazón con respeto y humildad. Ahí está vuestro centro. Nadie podrá impedirnos amarle ni hacéroslo amar sin que vuestro corazón corresponda a ello. Todo lo que digan las criaturas no puede arrebatarnos vuestro tesoro, vuestro amor!... Yo quiero que me améis sin apoyo humano.”

Aquí, Nuestro Señor insiste dirigiendo a sus esposas una exhortación apremiante: *“Yo quiero que el alma religiosa esté desprendida de todo, porque para venir a mi Corazón, no hay que tener apego ninguno, hilo ninguno que esté aún sujeto a la tierra; es necesario ir a la conquista del Señor a solas con Él; es preciso buscar a este Corazón en vuestro propio corazón.”*

Después vuelve a la Hermana María Marta; pero a través de su dócil sierva, Él mira a todas las almas, y más especialmente a las almas consagradas:

“Necesito tu corazón para que me indemnice y haga compañía... Yo te enseñaré a amarme, porque tú no sabes hacerlo; la ciencia del amor no se aprende en los libros; sólo se da al alma que mira al divino Crucificado y le habla de corazón a corazón. Es necesario que estés unida a Mí en cada una de tus acciones.” Y Nuestro Señor le hace comprender las condiciones y frutos maravillosos de la unión íntima de su divino Corazón:

“Pierde el tiempo la esposa que no se pone sobre el pecho de su Esposo en sus penas, en su trabajo. Cuando ha cometido faltas, es necesario que se recueste con grande confianza sobre mi Corazón. ¡En este ardiente foco desaparecen vuestras infidelidades; el amor las quema, las consume todas!... Es necesario amarme, abandonármelo todo. Es necesario descansar, como San Juan, en el Corazón de vuestro Maestro. Amándole así le proporcionaréis una gloria muy grande.”

¡Ah! ¡Cómo desea Jesús nuestro amor! ¡Él lo mendiga! Apareciéndose un día en toda la gloria de su Resurrección, dijo a su muy amada con un profundo suspiro: *“¡Con esto, hija mía, mendigo como lo haría un pobre! ¡Soy un mendigo de amor! ¡Yo llamo a mis hijos uno por uno... los miro con complacencia cuando vienen a Mí... Yo los espero!...”* Tomando verdaderamente el aspecto de un mendigo, le repetía aún, lleno de tristeza: *“¡Yo mendigo amor; pero la mayor parte, aun entre las almas religiosas, me rehúsan este amor!... Hija mía: Ámame puramente por Mí mismo, sin tener en cuenta ni el castigo ni la recompensa.”* Designándole a nuestra santa Hermana Margarita María, -cuya mirada devoraba el Corazón de Jesús: *“¡Ésta me ha amado con este amor puro y únicamente por Mí, tan solo!...”*

Y la Hermana María Marta trataba de amar con este mismo amor. Como un foco inmenso, el Sagrado Corazón le atraía a Sí con ardores indecibles... ¡Ella se iba hacia su muy Amado en transportes de amor que la consumían... pero que al mismo tiempo dejaban en su alma una suavidad toda divina! Y Jesús la decía: *“Hija mía: Cuando yo me he escogido un corazón para amarme y hacer mis voluntades, enciendo en él el fuego de mi amor. Sin embargo, no avivo este fuego sin interrupción por temor de que el amor propio gane alguna cosa y que se reciban mis gracias por costumbre. Yo me retiro de vez en cuando para dejar al alma a su propia debilidad. Entonces ve ella que está sola... comete faltas; estas caídas la mantienen en la humildad... Mas*

Yo no abandono por esas faltas al alma que he escogido; la miro siempre. No soy tan delicado; perdono y vuelvo.

“Cada humillación os une más íntimamente a mi Corazón.

“No os pido grandes cosas; quiero sencillamente el amor de vuestro corazón. Estréchate con mi Corazón; descubrirás toda la bondad de que está lleno. Ahí es donde aprenderás la dulzura y la humildad. Ven, hija mía, a arrojarte allí dentro. Esta unión no es solamente para ti, sino para todos los miembros de tu Comunidad.

“Di a tu Superiora que venga a depositar en esta abertura todas las acciones de tus Hermanas, aun las recreaciones; allí estarán como en un Banco y estarán bien guardadas.”

Un detalle conmovedor entre otros mil: cuando la Hermana María Marta dio cuenta aquella noche no pudo menos de interrumpirse a sí misma, para preguntar a su Superiora: *“Madre mía: ¿Qué es eso de Banco?”* Era una pregunta de su cándida inocencia... Después continuó su mensaje:

“Es necesario que por la humildad y el anonadamiento, vuestros corazones se unan al mío. ¡Ay!, hija mía: ¡Si supieras cuánto sufre mi Corazón por la ingratitud de tantos corazones!... Es menester unir vuestras penas a las de mi Sagrado Corazón.”

Es aún más particularmente a las almas encargadas de la dirección de las demás directoras o Superiores, que el Corazón de Jesús se abre con sus riquezas: *“Harás un grande acto de caridad ofreciendo cada día mis divinas Llagas por todas las directoras del Instituto.*

“Dirás a tu Maestra que venga al Manantial a llenar su alma, y mañana su corazón estará lleno para derramar mis gracias sobre vosotras. A ella toca poner en las almas el fuego del santo amor, hablándolas muy a menudo de los sufrimientos de mi Corazón. Yo daré a todas la gracia de comprender las máximas de mi Sagrado Corazón. A la hora de la muerte, todas llegarán ahí por el trabajo y la correspondencia del alma.

“Hija mía: Tus Superiores son las depositarias de mi Corazón; es necesario que yo pueda poner en sus almas todo lo que yo querría de gracias y de sufrimientos. Di a tu Madre que venga a sacar de estos Manantiales (su Corazón y sus Llagas) para tus Hermanas... Debe mirar a mi Sagrado Corazón y confiárselo todo sin cuidarse de la mirada de los hombres.”

Promesas de Nuestro Señor.

Nuestro Señor no se contenta con confiar a la Hermana María Marta sus santas Llagas, exponerla los motivos apremiantes y los beneficios de esta devoción, al mismo tiempo que las condiciones que le aseguran el éxito... Él sabe también multiplicar promesas alentadoras. Estas promesas vuelven con tanta frecuencia y bajo tan variadas formas, que forzoso es limitamos; por otra parte, el pensamiento queda el mismo en el fondo.

La devoción a las santas Llagas no puede engañar.

“No hay que temer, hija mía, el expansionaros en mis Llagas, porque ahí jamás se verá uno engañado, aun cuando las cosas parecieran imposibles.”

“Yo concederé todo lo que se me pida por la invocación a las santas Llagas. Es necesario difundir esta devoción.”

“Todo lo obtendréis, porque es el mérito de mi Sangre, que es de un precio infinito.”

“Con mis Llagas y mi Corazón divino, podéis obtenerlo todo.”

Las santas Llagas santifican y aseguran el adelantamiento espiritual.

“De mis Llagas salen frutos de santidad. Así como el oro purificado en el crisol se torna más hermoso, así es necesario poner tu alma y la de tus Hermanas en mis Sagradas Llagas. Ahí se perfeccionarán como el oro en el crisol... Siempre podéis purificaros en mis Llagas.”

“Mis Llagas repararán las vuestras...”

“Mis Llagas cubrirán vuestras faltas...”

“Los que las honraren tendrán un verdadero conocimiento de Jesucristo.”

“Meditando sobre ellas, encontraréis siempre un nuevo alimento de amor.”

Las santas Llagas dan precio a todo.

“Hija mía: Sumerge todas tus acciones en mis Llagas y se convertirán en alguna cosa. ¡Todas vuestras acciones, aun las menores, empapadas en mi Sangre, adquirirán por esto solo un mérito infinito y contentarán mi Corazón!...”

“Ofreciéndolas por la conversión de los pecadores, aunque los pecadores no se conviertan, tendréis delante de Dios el mismo mérito que si se hubiesen convertido.”

Las santas Llagas son un bálsamo y un refuerzo en el sufrimiento.

“Cuando tengáis alguna pena, alguna cosa que sufrir, es necesario llevarlo pronto a mis Llagas, y la pena se suavizará.

“Cerca de los enfermos hay que repetir a menudo esta aspiración: “¡Jesús mío, perdón y misericordia por los méritos de vuestras santas Llagas!” Esta oración aliviará al alma y al cuerpo.”

Las santas Llagas tienen una maravillosa eficacia para la conversión de los pecadores.

Un día, la Hermana María Marta, penetrada de angustia con el pensamiento de los crímenes de la tierra, exclamaba: *“Jesús mío: Cuidad de vuestros hijos; no miréis a sus pecados.”*

El divino Maestro, respondiendo a su llamamiento, le enseñó la aspiración que ya conocemos: *“Jesús mío: Perdón y misericordia, etc.”* Después añadió: *“Muchas personas experimentarán la eficacia de esta aspiración. Yo deseo -prosiguió el Salvador- que los Sacerdotes la den a menudo a sus penitentes en el Santo Tribunal.*

“El pecador que diga la oración siguiente: “Padre Eterno: Os ofrezco las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo para curar las de nuestras almas”, obtendrá su conversión.”

Las santas Llagas salvan al mundo y aseguran una buena muerte.

“Mis santas Llagas os salvarán infaliblemente... ellas salvarán al mundo. Es necesario expirar con la boca apoyada sobre esas sagradas aberturas... No habrá muerte para el alma que expire en mis Llagas; ellas dan la verdadera vida.”

Las santas Llagas dan todo poder sobre Dios. *“Nada sois por vos misma; pero vuestra alma unida a mis Llagas se hace poderosa; puede aún hacer varias cosas a la vez: merecer y obtener para todas las necesidades sin que sea menester particularizar nada.”*

Poniendo su mano adorable sobre la cabeza de la querida privilegiada, añadía el Salvador: *“Ahora tienes tú mi poder. Siempre me complazco en dar las mayores gracias a los que como tú no tienen nada. Mi poder está en mis Llagas; con ellas tú te harás poderosa... ¡Sí; todo lo puedes obtener; tú tienes todo mi poder! En cierta manera, tú tienes más poder que Yo; tú puedes desarmar mi justicia, porque, aunque todo viene de Mí, yo quiero ser rogado, quiero que se me pida.”*

Las santas Llagas serán particularmente la salvaguardia de la Comunidad.

“Haciéndose cada día más crítica la situación política -cuenta nuestra Madre-, en Octubre de 1873 hicimos una novena a las santas Llagas de Jesús. En seguida manifestó Nuestro Señor su alegría a la confidente de su Corazón. Después le dirigió estas confortantes palabras: *“Amo tanto a tu Comunidad; nunca le sucederá mal ninguno.”*

“Que tu Madre no se detenga ante las noticias del tiempo, porque con frecuencia las noticias de fuera son falsas. ¡Sola mi palabra es verdadera! Yo os lo digo; nada tenéis que temer... Si dejaseis la oración, entonces sí tendríais que temer... Este rosario de la misericordia hace contrapeso a mi Justicia, detiene mi venganza.”

En fin; ratificando de nuevo el don de sus santas Llagas a la Comunidad, Nuestro Señor le decía: *“¡He ahí vuestro tesoro!... El tesoro de las santas Llagas encierra coronas que debéis coger y dar a los demás, ofreciéndolas a mi Padre para curar las de todas las almas. Algún día esas almas, a quienes por vuestras oraciones hayáis obtenido una santa muerte, se volverán hacia vosotras para agradeceros... Todos los hombres comparecerán ante Mí en el día del Juicio, y Yo mostraré entonces a mis esposas privilegiadas que habrán purificado al mundo por mis santas Llagas. Llegará un día en el que veréis estas grandes cosas...”*

“Hija mía: Esto se dice para humillaros, no para ensoberbeceros. ¡Sepas bien que todo esto no es para ti, sino para Mí, a fin de que tú me traigas almas!...”

Entre las promesas de Nuestro Señor Jesucristo deben señalarse muy especialmente dos: las que conciernen a la Iglesia y las que convienen a las Almas del Purgatorio.

Las santas Llagas y la Iglesia.

Nuestro Señor renovó con frecuencia a la Hermana María Marta la promesa del triunfo de la Santa Iglesia por el poder de sus Llagas y de la Virgen Inmaculada.

“Hija mía: Es necesario que desempeñes bien tu cargo, que es el ofrecer mis divinas Llagas a mi eterno Padre, porque de ahí ha de venir el triunfo de la Iglesia, el cual pasará por mi Madre Inmaculada.”

Pero, desde un principio, Nuestro Señor previene toda ilusión, como todo equívoco. ¡No podría ser cuestión del triunfo material, visible, con que sueñan ciertas almas!... Ante la barca de Pedro jamás se doblegarán las olas con perfecta docilidad; aun algunas veces la harán temblar con los furiosos de su agitación... Luchar, siempre luchar; ésta es una ley de la vida de la Iglesia: *“No se comprende lo que se pide al pedir su triunfo... Mi Iglesia no tendrá nunca triunfo visible.”*

Sin embargo, al través de las luchas y las angustias continúa cumpliéndose, en la Iglesia y por la Iglesia, la obra de Nuestro Señor Jesucristo: La salvación del mundo.

La obra de Nuestro Señor Jesucristo se cumple tanto mejor cuanto la oración -que tiene su lugar en el plan divino- implore más los socorros del Cielo.

Y se comprende que el Cielo se deje especialmente vencer cuando se le implora en el nombre de las Llagas redentoras. Jesús insiste con frecuencia en este punto: *“Las invocaciones a las santas Llagas le obtendrán una incesante victoria...”*

“Es necesario que tú saques sin cesar de estos manantiales para el triunfo de mi Iglesia.”

“¡Ay!, mi buen Maestro: ¡Desde el tiempo que me hacéis hacer esto!... y el triunfo no viene” -exclamó con su sencillez habitual. “-Hija mía -respondió nuestro benigno Salvador-: Deberíais estar ya muy contentas de que no os castigue más... Tú detienes mi brazo. Yo te prometo darte el triunfo poco a poco.”

El Santo Fundador vino a completar la lección del Maestro: *“Aun cuando Nuestro Señor promete el triunfo por María Inmaculada, no debéis de aflojar en la oración y ofrecimiento de las santas Llagas.”*

En el momento de una grande persecución de la Iglesia, la Hermana María Marta pedía a menudo a Jesús que cubriera con la protección de sus santas Llagas al soberano Pontífice. Esta oración agradaba mucho a Nuestro Señor. Hizo ver a nuestra Hermana que la gracia sobreabundaba sobre el Santísimo Padre Pío IX y que las oraciones hechas por la Comunidad contribuían grandemente a ello. *“De mis Llagas sale para él una gracia particular.”*

Hacia el fin de 1867, Nuestro Señor le reveló que *“Su Santidad tendría mucho que sufrir, que no habría ya más paz; pero que gracias a la oración, el Papa podría subsistir sobre la Santa Sede en la tribulación. ¡Se ve que Nuestro Señor no quiere ilusión!*

Lo que no le impide exigir siempre oraciones: *“Yo quiero que esta Comunidad sea el sostén de la Santa Sede por la oración y sobre todo por la invocación de las santas Llagas. Así oponéis una barrera a sus enemigos.”*

No deja tampoco de manifestar su satisfacción por las oraciones hechas: *“Estoy contento de las oraciones que tu Comunidad hace para sostener a la Iglesia. Tendréis un grado más de gloria por haber sido buenos soldados del Santo Padre. Estaréis siempre en el caso de serlo; es necesario orar mucho por la Iglesia.”*

Concluye por la seguridad de una Protección contra la cual nada podría prevalecer: *“¡Mientras mis Llagas os guarden, nada tenéis que temer ni para vosotras ni para la Iglesia! Si este bien llegara a faltaros, comprenderíais entonces lo que poseéis.”*

Las santas Llagas y las Almas del Purgatorio.

“El beneficio de las santas Llagas hace bajar las gracias del cielo y subir al Cielo las Almas del Purgatorio.

“Cada vez que miréis al divino Crucificado con un corazón puro, obtendréis la libertad de cinco almas del Purgatorio: una por cada Fuente.

“Obtendréis también el mismo favor, por el mérito de cada una de mis Llagas, en cada una de las estaciones haciendo el Vía Crucis, si vuestro corazón es muy puro y muy desprendido.

“Cuando ofrezcáis mis santas Llagas por los pecadores, no hay que olvidar el hacerlo por las Almas del Purgatorio, porque hay pocas personas que piensan en aliviarlas.

“Las santas Llagas son el tesoro de los tesoros para las Almas del Purgatorio.”

Esto es lo que el buen Maestro quiso enseñar a la Hermana María Marta. Un domingo de Cuaresma, no permitiéndola su estado de sufrimiento asistir a la plática, su muy Amado vino a ella y le dijo: *“Voy a darte una ocupación: tú ofrecerás tus sufrimientos, en unión con los míos divinos, por las Almas del Purgatorio.”*

La Hermana empezó a hacer este ofrecimiento, y cada vez que le renovaba, veía subir un alma al Cielo. Llevaba ya veinte, cuando el Eterno Padre se le apareció: *“Te doy el mismo poder que a mi Hijo, con tal que tú me ofrezcas tu corazón unido al suyo.”* Se esforzó en hacerlo, y a cada acto de ofrecimiento y de unión iba al Cielo - según su expresión- una bandada de almas, “como una bandada de pájaros”.

Las almas libradas por ella venían algunas veces a darle gracias y le decían: *“Que la fiesta que las había salvado, la fiesta de las santas Llagas, no pasa jamás. ¡No hemos conocido el valor de esta devoción sino en el momento en que hemos gozado de Dios! Ofreciendo las santas Llagas de Nuestro Señor, obráis como una segunda Redención.”*

En el número de esas almas, hay algunas más cerca del corazón de una Religiosa; esas son las almas de sus propias Hermanas. Nuestra Hermana María Marta sufría más particularmente por ellas, y la Santísima Virgen le manifestaba su satisfacción: *“Las almas de vuestras Hermanas en el Purgatorio son mis hijas. Yo tengo gran placer en oíros rogar por su libertad ... sufro tanto de verlas en ese fuego... ¡A él van casi todas!... ¡Yo soy Reina, y quiero que esas almas reinen conmigo! A pesar de todo nuestro poder, mi Hijo y Yo no podemos librarlas; deben expiar. Pero podéis tan fácilmente aliviarlas y abrirlas el Cielo ofreciendo a Dios Padre por ellas las*

santas Llagas.” *“Ofrecedlas por todas las faltas a la Regla”*-añadió un día Nuestro Señor.

Una de sus Hermanas difuntas, apareciéndosele gloriosa, poco después de su muerte, le dijo: *“Yo creía que hacía todas mis acciones bien, puramente por Dios, y cuando me las han mostrado, las he visto todas llenas de movimientos naturales. La confianza que he tenido en las santas Llagas de Nuestro Señor es la que me ha salvado... ¡Ay! ¡Qué bueno es morir pasando por las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo!”*

Las santas Llagas y el Cielo.

Para dar como una coronación a estas magníficas promesas, Nuestro Señor muestra en fin en sus Llagas las “Arras de nuestra futura gloria” y hace entrever a la Hermana María Marta la felicidad que en los Cielos proporciona su contemplación:

“Las almas que oran con humildad y meditan mi Pasión, tendrán participación un día en la gloria de mis divinas Llagas; sus miembros recibirán una belleza y una gloria centelleantes.” ¡Cuanto más hayáis contemplado mis Llagas dolorosas en esta vida, más las contemplaréis gloriosas en el Cielo!

“Un alma que durante su vida ha honrado y aplicado las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo y las ha ofrecido al Eterno Padre por las Almas del Purgatorio, será acompañada, en el momento de la muerte, por la Santísima Virgen y los Ángeles, y Nuestro Señor en la Cruz, todo resplandeciente de gloria, la recibirá y coronará.”

Un día, la Hermana María Marta pensaba que perdía su tiempo ofreciendo las santas Llagas, y Nuestro Señor la respondió:

“¿Es que mis Bienaventurados no hacen nada conmigo, porque hacen siempre la misma cosa?... Ellos me aman, me adoran, contemplan mis Llagas y me dan gracias... y su alegría es siempre plena y entera.”

En el mismo instante, la feliz Hermana recibió el favor de ver a la Santísima Virgen con los Santos contemplando las Llagas de Jesús.

“Sí, yo estoy en el Cielo y los Santos también -le dijo la buena Madre-; todos estamos allí por los méritos de las divinas Llagas de mi querido Hijo. Vosotras, explotando estas santas Llagas, os haréis también grandes...”

Continuó Nuestro Señor: *“Hija mía: ¿Dónde sino en mis Llagas se han hecho mis Santos?... Todos mis Santos son el fruto de mis Llagas.*

“¡Mis Llagas son eternamente para mi gloria y la vuestra! ¡En mis Llagas, en el fulgurar de estos cinco soles, es donde mis esposas deben reinar algún día! Los Bienaventurados que las contemplan desde hace ya siglos, aun no están saciados... las contemplarán siempre y gozarán de ellas siempre... ¡Ah, que poca cosa es la tierra en vista de un tan gran bien!...”

Con frecuencia, la vista del Cielo se ofrece a esta querida alma, mientras que se hacía oír la voz de Dios Padre. *¡Mira, hija mía: Todo esto es fruto de los sufrimientos de mi Hijo!... ¡Se te ha enseñado todo esto, a fin de que puedas con más confianza y alegría ofrecer las santas Llagas de Jesús.”*

Peticiones de Nuestro Señor.

En cambio de tantas gracias excepcionales, Jesús no pedía a la Comunidad más que dos prácticas, de las que vamos a decir rápidamente una palabra: La Hora Santa y el Rosario de las santas Llagas.

En la época del cólera, que en 1867 hizo tantas víctimas en la región de Chambéry, Nuestro Señor manifestó el deseo de que todos los viernes se hiciera por cinco Hermanas la Hora Santa y que cada una de dichas Hermanas se encargase de honrar una de sus Llagas (1).

(1) Ya se sabe que para la Hermana María Marta, las heridas de los Pies no forman más que una llaga. La Cabeza ensangrentada bajo la Corona de Espinas constituía la quinta.

La Santísima Virgen une su petición a la de su divino Hijo con estas palabras, en las que se trasluce un sentimiento muy doloroso:

“No hay ninguna Casa en la tierra donde las santas Llagas de Jesús sean honradas de un modo particular el viernes por la noche... Es necesario durante esta hora contemplar estas santas aberturas y sumergiros en ellas.”

Enseña a la feliz privilegiada cómo debiera cumplirse este ejercicio. Mostrándose bajo la figura de Nuestra Señora de los Dolores, teniendo a su Hijo en sus brazos, le dijo: *“Hija mía: La primera vez que contemplé las Llagas de mi querido Hijo, fue cuando depositaron su santísimo Cuerpo en mis brazos. Medité sus dolores y traté de hacerlos pasar a mi corazón... Miré sus divinos Pies, uno por uno...; de ahí fui a su Corazón, donde vi aquella grande abertura, la más profunda para mi corazón de Madre... contemplé la Mano izquierda, después la derecha y en seguida la Corona de Espinas... ¡Todas esas Llagas me atravesaban el Corazón! ¡Ésta fue mi Pasión, la Mía!... ¡Siete espadas hay en mi Corazón y por mi Corazón se deben honrar las Llagas sagradas de mi divino Hijo!...”*

Hacia la misma época (1867-1868), según la voluntad igualmente manifestada por Nuestro Señor, los Superiores establecieron (1) la recitación diaria del “*Rosario de las santas Llagas*”.

(1) A causa de las necesidades del momento, pero sin querer comprometerse para en adelante.

Ved cómo desde el principio se complacieron en recitar este rosario (2):

(2) Hemos pensado que las antiguas alumnas del Pensionado volverían a encontrar aquí con alegría esas fórmulas conocidas y amadas.

En lugar del “Credo” y en las tres primeras cuentas, la hermosa oración inspirada a un sacerdote de Roma:

“¡Oh! Jesús, Redentor Divino: Sed misericordioso con nosotros y con el mundo entero.-R. Amén.

“Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal: Tened piedad de nosotros y del mundo entero.-R. Amén.

“¡Perdón! ¡Misericordia, Jesús mío! Durante los presentes peligros cubridnos con vuestra preciosa Sangre.-R. Amén.

“Padre Eterno: Tened misericordia por la Sangre de Jesucristo, vuestro Hijo único; tened misericordia de nosotros; os lo suplicamos.-R. Amén, Amén, Amén.”

En las cuentas pequeñas: *“Jesús mío: Perdón y misericordia.-R. Por los méritos de vuestras santas Llagas.”* (300 días de indulgencia cada vez.)

En las cuentas grandes: *“Padre Eterno: Yo os ofrezco las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo.-R. Para curar las de nuestras almas.”* (300 días de indulgencia cada vez.)

Al terminar el Rosario se dice tres veces: *“Padre Eterno: Yo os ofrezco, etc.”*

Estas dos últimas invocaciones son las que había indicado Nuestro Señor mismo, y a las cuales ¡tan hermosas promesas ha hecho!

Están indulgenciadas para el mundo entero a perpetuidad con trescientos días por cada invocación, *toties quoties*.

No sin dificultad consiguieron las Superiores el que se adoptase la recitación del Rosario de las santas Llagas; así como en Paray, por un extremado celo de la Regla, se permitieron más de una reclamación. Tanto nuestras Madres como la pobre Conversa recogieron de esto muchos sufrimientos.

Mas Nuestro Señor las alentaba: *“Hija mía: Las gracias de Dios no se dan sin que haya dificultad en cumplir mis voluntades... Mis Llagas son vuestras; el demonio ha perdido el mérito de ellas, y por esto está rabioso contra vosotras. Pero, cuantas más oposiciones y obstáculos encontréis, más abundante será mi gracia.*

“No hay nada que temer; hay que andar por encima de los obstáculos; ahí está el verdadero amor... Aquel que os sostiene no puede ser conmovido; ¡siempre seré vuestro defensor!... Mas es necesario este sufrimiento.”

Dios Padre, teniendo una llave en la mano, parecía amenazar con un aire severo: *“Si no hacéis lo que yo quiero, cerraré los Manantiales, y los daré a otros.”*

Con una firmeza llena de paciencia y de humildad, nuestras Madres Teresa Eugenia y María Aleja consiguieron que se aceptase esta práctica, bien poco onerosa por lo demás. Jesús las sostuvo manifiestamente.

Una Hermana, cuya elevada inteligencia y sólido juicio hacían de ella una autoridad en el Monasterio, se encontraba la más fuertemente opuesta a la nueva devoción. Un día, pues, vio venir a ella a la humilde Conversa encargada de una misión de parte del Maestro; ella oyó que le revelaban una cosa absolutamente secreta que había pasado entre Él y ella en lo íntimo de su alma, cosa que nunca había confiado a nadie... y por tanto, que la Hermana María Marta sólo podía saberla de Dios...

Ante tal prueba, la Hermana se rindió lealmente y quiso reparar su pasada oposición haciendo estampitas de las santas Llagas para propagar su culto.

“La devoción a mis Llagas es el remedio para este tiempo de iniquidad” -aseguraba el Salvador-. *“Soy Yo quien lo quiero; es necesario hacer vuestras aspiraciones con grande fervor.”*

Ante estos progresos, la rabia del enemigo no podía contenerse; se metía sobre todo con nuestra querida Hermana, de quien se burlaba: *“¿Qué haces tú ahí?... Pierdes el tiempo. Los demás dicen oraciones bonitas que encuentran en los libros; pero tú siempre dices la misma cosa.”*

Mas Jesús echaba al demonio: *“Hija mía: Lo veo todo, lo cuento todo. Di a tu Madre que cada aspiración que hace la tengo muy en cuenta. Es necesario que haga todo lo que pueda para mantener el rosario de la Misericordia.*

“Estoy contento de veros honrar mis santas Llagas; ahora puedo derramar más largamente los frutos de mi Redención.

“Es necesario que vosotras, que conocéis mis voluntades, seáis doblemente fervorosas ... Si os relajareis en la devoción a mis Llagas, perderíais mucho.

“Así como hay un ejército levantado para el mal, hay también un ejército levantado para Mí. Con esa oración, sois más poderosa que un ejército para detener a mis enemigos.

“Sois muy felices vosotras, a quienes yo he enseñado la oración que me desarma: - Jesús mío: Perdón y misericordia, por los méritos de vuestras santas Llagas. Las gracias que recibís por estas invocaciones son gracias de fuego. Vienen del Cielo; es necesario que vuelvan al Cielo...

“Di a tu Superiora que será siempre oída por cualquiera necesidad que sea, cuando me ruegue por mis santas Llagas haciendo decir el Rosario de la misericordia.

“Vuestros Monasterios atraen las gracias de Dios sobre las diócesis en que se encuentran; cuando ofrecéis a mi Padre mis santas Llagas, ¡os miro como levantando las manos al Cielo para obtener gracias!... En verdad, ¡esta oración no es de la tierra, sino del Cielo!... ¡Lo puede obtener todo!...

“Es menester decírselo a tu Madre, recordárselo, escribirlo para en adelante, a fin de que a ella recurráis con frecuencia.”

Las recomendaciones de Nuestro Señor no han sido vanas. Se ha conservado el recurso diario a “*esta oración del Cielo*”. Cuando surgen grandes dificultades, graves necesidades, peligros amenazadores, las invocaciones se hacen más numerosas y más apremiantes... ¡Después de una experiencia de cincuenta años, la Comunidad puede declarar que siempre ha tenido que felicitarse por su confianza! No es esto decir que no nos han faltado pruebas, ni que la muerte ha escaseado sus visitas... ¡Lejos de esto! Mas ¡la misma prueba se suaviza con tantos consuelos! Y las muertes ¡son tan dulces a la sombra de las santas Llagas!

Los pecadores.

Una vez que la Comunidad se dobló a las peticiones de Nuestro Señor sobre estos dos puntos, Jesús no cesó por ello sus llamamientos. Antes bien, se hizo más y más apremiante para presentar sus Llagas como *manantiales de gracias para los pecadores* y como *lecciones elocuentes para las almas religiosas*:

“¡Hace muy largo tiempo -siempre es Jesús quien habla-, que yo deseo veros distribuir los frutos de mi Redención! Ahora hacéis lo que yo quiero por la salvación del mundo. A cada palabra que pronunciáis del rosario de la misericordia, dejo caer una gota de mi Sangre sobre el alma de un pecador.

“Los hombres pisan mi Sangre; Yo quiero que vosotras, mis esposas, me améis y trabajéis por mi amor.

“Si de todas las riquezas de que mis Llagas están llenas para vosotras, no os aprovecharais, muy culpables seríais...”

“Las almas que no veneran mis santas Llagas, sino que por el contrario las ridiculizan, esas almas, digo: Yo las rechazo.

“Los pecadores desprecian el Crucifijo; tengo paciencia, pero día vendrá en el que Yo me vengaré.

“Ven con tu corazón, esposa mía, ven con tu corazón bien vacío, porque Yo tengo con qué llenarle; ven a la conquista de las almas.”

Haciéndola ver en el mundo una cantidad de pecadores, le dijo: *“Yo te los muestro, para que no pierdas nunca el tiempo.”*

Durante el mes de la Preciosísima Sangre, la visión de Jesús Crucificado se hacía habitualmente constante a la Hermana María Marta:

“Hija mía: Tanto he sufrido por una sola alma como por todas juntas. ¡La Redención ha sido abundante! Y la Sangre Redentora corría a chorros de las heridas adorables, y Jesús decía con amor: “¡Esta es la Sangre de tu Esposo!... ¡de tu Padre!... ¡Para vuestras almas ha sido derramada! ¡Sólo Yo puedo derramar así esta Sangre divina!... Hija mía: ¡Soy tu Esposo! ¡Soy todo tuyo para las almas!...”

Algunas veces veía la Justicia de Dios irritada, dispuesta a caer sobre el mundo. *“No me ruegues; quiero castigar”* -decía Cristo en su indignación- *“Para ser regenerado el mundo, necesitaría una segunda Redención.”* El Padre Eterno, interviniendo, declaraba: *“Yo no puedo dar a mi Hijo por segunda vez.”* Pero Nuestra Hermana comprendía que por el reiterado ofrecimiento de las santas Llagas, nosotras podíamos obrar esta redención. A medida que ella las ofrecía, veía cambiar la cólera divina “en una dulzura de gracias que se derramaban en el mundo”.

“Hija mía -decía otra vez Nuestro Señor Jesucristo-, es necesario conseguir la palma de la victoria; ella viene de mi santa Pasión... En el Calvario, la victoria parecía imposible, y, sin embargo, de ahí es donde ha brillado mi triunfo. Deseo absolutamente que los hombres se aprovechen de mi Redención; pero, fieles o no, es menester que de ella resulte mi gloria.” Nuestro Señor la espantó dándole a ver su Justicia, excitada por los pecados de los hombres... Entonces, toda asustada, exclamó, humillándose profundamente: *“Dios mío: No miréis nuestra miseria, sino mirad vuestra misericordia.”* Y ella empezaba a aplacar al Salvador por las invocaciones multiplicadas a las santas Llagas.

“Ofrécemelas a menudo para ganarme pecadores - alentábala el buen Maestro-, porque ¡tengo hambre de almas!...”

Las santas Llagas y las almas religiosas.

*“En la Casa de Dios hay que vivir unidas a mis Llagas” - dice el Salvador-,
“¡Vuestros votos salen de mis Llagas!...”*

Un día, la Hermana María Marta hacía el Vía-Crucis, y al llegar a la décima estación, Jesús hace comprender a su esposa el mérito de su despojo en vista del voto de pobreza, pidiéndola que ofreciera las santas Llagas *“por aquellas de sus esposas que necesitan el despojo, a fin de que aprendan a revestirle por una práctica más exacta del voto de pobreza.”* Después, en la estación undécima, la de la crucifixión, añade: *“Que estando consagradas a Él, debíamos de estar clavadas con Él en la Cruz... Cuando seguimos nuestra propia voluntad, nos declaramos enemigas de la Cruz.”* *“Es necesario dejaros gobernar por vuestra Superiora, como yo, extendiendo las manos, me he dejado clavar en la Cruz...”*

Después la ruega que pida *“por aquellas que querrían desclavarle de la Cruz, faltando a la obediencia”*.

“Hija mía -repitió otra vez-: ¡Mira mi Corona, y tú verás la mortificación; mis manos extendidas, y aprenderás la obediencia; comprenderás la pobreza viéndome desnudo del todo en la Cruz; la pureza en Aquel que es tan puro y que te ama como un Esposo.”

Él la enseña que las almas religiosas son también almas consagradas al sufrimiento. *“¡Yo quisiera ver a todas mis esposas, Crucifijos!... ¿No es preciso que se parezca la esposa a su Esposo? -declara Aquel a quien la santa Amante de los Cantares pintó así-:”Mi muy Amado es blanco y colorado.”*

“Todo el día, Yo te daré sufrimientos -la promete-, a fin de que vayas más a menudo a las Fuentes felices de mis divinas Llagas.

“Quiero que estés crucificada conmigo; lo quiero de todas maneras... A medida que tú digas que sí, yo te crucificaré más.

“¡Hija mía: Mira mi Corona! Yo no dije: ¡Me hace sufrir demasiado! ¡la acepté de mi Padre por vosotras! ¡Mira mis manos! Yo no he dicho: yo no las doy. ¡Esto me hace demasiado sufrir!... y así de mis pies.”

Después, Jesús muestra a su sierva su carne sagrada desgarrada y hecha pedazos: *“¡En todas partes encontrarás Llagas en tu Esposo! Así quiero que estés tú!*

Contéplame en la Cruz; cuando en ella estaba, yo no miraba ni a los verdugos ni a sus ultrajes... miraba a mi Padre. Así es como debéis cumplir vuestro deber: haciendo lo que yo quiero, sin otra mirada a la criatura... como Yo, que únicamente miraba a mi Padre.”

Otro día, apareciéndosele en la Cruz, todo descarnado, “no teniendo más que la piel y los huesos, este tierno Señor exclama: *“He aquí, hija mía, por dónde deben pasar los que Yo me he escogido y que quieren llegar a la gloria, no los que levantan la cabeza. Por este camino ha pasado mi Madre. Muy duro es para los que van a la fuerza y sin amor; pero suave y consolador es el camino de las almas que llevan su cruz con generosidad. Es necesario que las esposas de Jesús Crucificado sufran... Sólo tengo mis esposas para indemnizarme.”*

En otra conferencia, Jesús dijo: *“Hija mía: Es menester amar mucho al Crucifijo y crucificaros para amar a Jesús, a fin de poder morir como Jesús y resucitar a la vida como Él. Ahora renuevo las gracias de mi Pasión... a vosotras toca derramar su beneficio sobre el mundo entero.”*

Cómo supo corresponder la Hermana María Marta a los deseos de Jesús.

Movida hasta las más íntimas profundidades de su ser por tales revelaciones, nuestra querida Hermana se dejaba impregnar de ellas toda entera. Estaba enamorada de tal amor por las Llagas adorables del Salvador, que le parecía “que iba a devorarlas”. Su más ardiente deseo era suscitar en el universo los sentimientos de amor y de respeto que deben inspirar, dispuesta a dar su vida por la extensión de un culto que ella quería ¡inmenso, apasionado, sin límites!

Si, por otra parte, su ardor se relajaba, si las invocaciones eran menos frecuentes en sus labios, Jesús no tardaba en presentarse a ella en el lastimoso estado a que le han reducido nuestras iniquidades, y mostrándola sus Llagas, le hacía amorosos reproches: *“Ellas te miran siempre, aun cuando tú las olvidas; tú, que siempre deberías mirarlas... Te las he hecho Yo ver tan a menudo, que esto debería bastarte; pero no, es preciso que siempre despierte Yo tu fervor.”*

Otra vez: *“Yo soy quien quería las invenciones de los verdugos para hacerme sufrir... Las quería por amor vuestro y para satisfacer a mi Padre. ¡Todo se hacía por mi voluntad!... Ahora, hija mía, Yo te haré sufrir porque lo quiero! ¡Deseo y quiero que tú me indemnices de los ultrajes que recibo!... Yo te quiero Víctima en pie; seré tu Sacrificador. Levanta tu corazón y arrójate en mis Llagas.”*

Presentándose a ella como en un cuadro: *“¡Es necesario copiarme! -suplicaba un día con un acento de indecible ternura y ardiente deseo-*

¡Es necesario copiarme!... Los pintores hacen cuadros más o menos conformes al original; mas aquí soy Yo el pintor y grabo mi imagen en vosotras, si vosotras me miráis.”

Volviendo sobre esta misma invitación, le enseñaba otro día nuestro divino Salvador: *“Hija mía: Cuando un pintor quiere hacer un cuadro, prepara primero la tela que debe recibir su pincel.”*

“- Buen Maestro: ¿Yo no sé lo que quiere decir esto?” - preguntó ella en su grande ignorancia. Y Jesús tuvo que explicar que su alma era esta tela preparada: *“-Hija mía: Prepárate a recibir todas las pinceladas que Yo quiero darte.”*

Algún tiempo más tarde, Él la preguntaba: *“Hija mía: ¿Quieres tú estar crucificada conmigo? O bien: ¿Quieres ser glorificada?”* *“-¡Ay, mi buen Jesús: Quiero más ser crucificada! ¡Bien quería sufrir por Vos como Vos habéis querido sufrir por mí!...”*

“-Sufrirás por Mí como Yo he sufrido por ti, haciendo todas tus acciones por agradarme y no rehusándome ningún sacrificio...” A estas palabras, la Hermana María Marta fue repentinamente invadida por un grande temor y se puso a enumerar sus innumerables defectos, como un obstáculo a las gracias de Dios... *“Tus defectos - replicó su tierno Maestro- aparecerán todos en el día del Juicio; pero ¡para gloria tuya y para la mía!... Yo recibo todas tus acciones y tus sufrimientos por los pecadores y las Almas del Purgatorio; pero es necesario que permanezcas pegada a mi Corazón, a mis Llagas, no haciendo más que uno conmigo... No debes salir de mi Corazón, porque yo no podría comunicarme más contigo.”*

“-Buen Maestro: Enseñadme el catecismo -pidió una vez con su candor y su atrevimiento de niña. “-Ven a tu morada, esposa mía -responde Jesús, mostrándole sus Llagas-; ven a tu morada, ahí lo encontrarás todo!... Yo seré tu predicador y te enseñaré a inmolarte por Mí y por el prójimo. ¡El Crucifijo! ¡He ahí tu libro!... Toda la verdadera ciencia está en el estudio de mis Llagas. Aun cuando todas las criaturas las estudiaran, todas encontrarían en ellas bastante, sin tener necesidad de otro libro. Éste es aquel en donde mis santos leen y leerán eternamente; es el solo que debéis amar, es la sola ciencia que debéis estudiar.”

“Cuando sacáis de mis Llagas, -le confía aún Nuestro Señor- aliviáis al divino Crucificado! Y, volviéndose a nuestro Santo Fundador, presente a la conferencia: “He aquí tu fruto -le dice-: una de tus hijas que saca mi Sangre de los agujeros sagrados, para darla a las almas y aplacar mi Justicia.”

Nuestra Hermana, devorada como estaba del amor de Dios, se aprovecha de este instante para pedir a nuestro Bienaventurado Padre que le alcance ir muy pronto a la Patria a gozar del Bien soberano. Mas Él respondió a sus súplicas: *“Hija mía: Es preciso hacer tu tarea. Ninguno puede entrar en el Cielo antes de haber cumplido su*

tarea aquí abajo. Si vinieras aquí, viendo que tu tarea no está hecha, querrías volver a la tierra para acabarla, considerando la gloria dada al divino Maestro y cuánto aplacas la Justicia de Dios, tan fuertemente irritada... Yo estoy muy contento de la gloria que me dais también a Mí invocando las santas Llagas.”

Así, la Hermana María Marta estaba constantemente sostenida y alentada en “su tarea”, según la expresión que vuelve sin cesar a sus labios. Esta tarea, ya lo hemos visto, era, en primer lugar, el hacer valer continuamente los méritos de las santas Llagas de Nuestro Señor Jesucristo por las necesidades de la Iglesia militante y de la Iglesia paciente. Era después trabajar en renovar, en los límites de lo posible, esta saludable devoción en el mundo entero.

La primera parte la tocaba personalmente: Nuestro Señor la había comprometido por medio de solemnes promesas, antiguas y redactadas por la mano maternal:

“Yo, la Hermana María Marta Chambón, prometo a Nuestro Señor Jesucristo ofrecerme todas las mañanas a Dios Padre, en unión con las divinas Llagas de Jesús Crucificado, por la salvación del mundo entero y para el bien y perfección de mi Comunidad.

Yo le adoraré en todos los corazones que le reciben en la Santa Eucaristía... Le daré gracias de que quiere con ardor venir a tantos corazones que están tan poco preparados... Yo prometo a Nuestro Señor, con el socorro de su gracia y en espíritu de penitencia, ofrecer cada diez minutos las divinas Llagas de su Sagrado Cuerpo al Padre Eterno... unir todas mis acciones a sus santas Llagas, según las intenciones de su adorable Corazón por el triunfo de la Santa Iglesia, por los pecadores y las almas del Purgatorio, por todas las necesidades de mi Comunidad, las del Noviciado, del Pensionado y en expiación de todas las faltas que se cometen... Todo esto por amor, sin obligación de pecado.”-La invocación: *“Padre Eterno: Yo os ofrezco las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo para curar las de nuestras almas.”* Tal es la fórmula de esta ofrenda.

La Hermana María Marta había prometido cada diez minutos, pero no pasaba casi momento del día en que su boca no la renovara, juntando a ella la segunda invocación: *“Jesús mío: Perdón y misericordia por los méritos de vuestras santas Llagas.”* - La existencia de nuestra querida Hermana se hizo así una oración no interrumpida: La unión con Dios, un silencioso recogimiento, se traslucía en su fisonomía. Al verla, nos conmovía con sus ojos casi siempre cerrados, sus labios murmurando sin cesar una oración. En el coro, sobre todo, se perdía verdaderamente en Aquel que se dignaba mostrarse a los ojos de su alma, como un Padre y un Amigo.

En cuanto a la segunda parte de “la tarea”, la de despertar en las almas la devoción a las santas Llagas, no dependía únicamente de la heroica generosidad de la Hermana María Marta.

Nuestro Señor había tenido cuidado de lo largo y las dificultades que en ello habría: *“Tu camino es hacerme conocer y amar por mis Llagas, sobre todo en el porvenir. Será necesario largo tiempo para establecer esta devoción.”*

El velo del porvenir parece haberse levantado en parte ante la mirada de la Hermana María Marta en una cierta visión, cuya oscuridad deplora nuestra respetable Madre Teresa Eugenia Revel con sensible sentimiento: *“No hemos podido saber más de esto, sobre el fin de esta visión ni sobre su significación”* (1).

(1) Era el 29 de Agosto de 1868. En esta época, notémoslo de paso, una obra empezada en 1843 seguía su progreso en Lyon. Fue elevada al rango de Archicofradía en 1875. Es la Archicofradía de las cinco Llagas, cuyo centro era: Calle de la Infancia, 65. Lyon.

Sin entrar nosotras mismas en el detalle de esta relación, sin buscar una interpretación que solo podría ser personal y, sin duda, idea propia, constatemos los hechos reales. La Hermana María Marta, con la ayuda de sus Superiores, había introducido la devoción a las santas Llagas en la Comunidad: éste era *un primer paso*.

Numerosos Monasterios siguieron este ejemplo y adoptaron la devoción: fue *el segundo paso*. La concesión de trescientos días de indulgencias en favor de todas las Visitaciones del mundo, fue *el tercer paso*. Con razón podemos esperar que la publicación de las gracias concedidas a nuestra Hermana, la benéfica influencia de las palabras de Jesús en lo concerniente a su santa y amorosa Pasión, el celo de las almas religiosas, la extensión que se hará, sin duda, de las indulgencias a todos los fieles (1)... contribuirán a que saquemos siempre con más avidez de los tesoros infinitos de la Pasión del Salvador.

(1) Esta extensión ha sido hecha por la Santa Penitenciaría en 16 de Enero del presente año 1924. (N. del T.)

Últimos años y muerte de la Hermana María Marta.

El fin de esta reseña era sencillamente dar un bosquejo del plan divino en la vida de la Hermana María Marta, exponiendo su misión, su “tarea” de depositaria y de apóstol de las santas Llagas. Mas eso no es más que un lado de su vida interior.

Nos restaría el hablar de la “*Santa Infancia*” y del comercio tan íntimo, tan gracioso, que existía entre esta “alma niña”, muy pura y muy sencilla, y el celestial Amigo de los pequeños y de las Vírgenes.

Nos quedaría que decir el amor de su corazón, despojado de todo otro amor por *Jesús Sacramentado*.

Nos quedaría que demostrar cómo este constante comercio tan íntimo con Jesús Crucificado y Jesús Niño, la llevaba naturalmente y como por instinto a las *grandes y sólidas devociones*: a mostrar, por ejemplo, su devoción a *la Santísima Trinidad*, con las cosas extraordinarias (milagrosas, nos atrevemos a decir) que fueron más de una vez la recompensa de eso; a pintar *su tierna devoción hacia María*, que tomó por Madre suya en toda la fuerza de la expresión y que -mostrándose verdaderamente Madre- venía a completar las lecciones de Jesús y hacer, cuando era necesario, la corrección materna a su hija.

Nos quedaría, en fin, que enumerar sus mortificaciones, que describir sus éxtasis...

Todas estas cosas se leerán con el detalle de la biografía de la Hermana María Marta, en la "*Vida*" que se prepara y que, si Dios lo permite, será publicada un día...

Las gracias y las comunicaciones divinas llenan verdaderamente todas las horas de esta vida excepcional ¡durante veinte años!; es decir, hasta la muerte de nuestra respetable Madre Teresa Eugenia Revel (30 de Diciembre de 1888).

Mucho tiempo antes, mostrando Jesús a la Hermana María Marta las dos Madres que tenían el secreto de todas sus gracias, le había hecho esta pregunta: *¿No me harías tú el sacrificio de ellas?...* Y esta alma, desprendida de todo lo que no era Jesús, había aceptado, con una condición, sin embargo, y es que, desde entonces, nada aparecería ya de los favores con que Él la colmaba... que todo quedaría oculto entre ellos dos solamente.

Jesús prometió y cumplió su palabra. Después de la muerte de nuestra buena Madre Teresa Eugenia, cubrió con un velo, cada día más impenetrable, aquella que Él había resuelto tener oculta hasta su último día. Dios permitió, por un conjunto de circunstancias demasiado largas de referir, que las Superiores que después vinieron no tuviesen sino un conocimiento muy vago de las gracias recibidas; los cuadernos que las contenían estaban depositados en otras manos mientras ella vivió.

Durante los veinte últimos años, es decir, hasta su muerte, nada apareció al exterior de esas gracias maravillosas; nada, sino las largas horas que la Hermana María Marta estaba al pie del Santísimo Sacramento, inmóvil, insensible, como en éxtasis... Y nadie se atrevía a interrogarla sobre lo que pasaba en esos benditos instantes entre su alma arrobada y el Huésped divino del Tabernáculo.

Esta trama continua de oraciones, de trabajo y de mortificación... ese silencio, ese borrarse en absoluto, nos parece una prueba más -y no de las menos convincentes- de la verdad de los favores inauditos de que fue colmada. Un alma de sospechosa

humildad, o aun de ordinaria, hubiera tratado de atraer la atención, hubiera pretendido captar no pequeña gloria de la obra que Jesús ejecutaba en ella y por ella... ¡La Hermana María Marta, jamás!... Se sumergía con delicias en la sombra de la vida común y oculta... Pero como el grano de mostaza arrojado en tierra, la devoción a las santas Llagas germinaba en los corazones.

Durante la última noche de Navidad que pasó nuestra Hermana en la tierra, Jesús - queremos creerlo- le había avisado de su próxima partida de este mundo, y al mismo tiempo de los sufrimientos que Él quería aun pedirle.

Una Hermana que estaba cerca de ella en la Misa de las doce, la oyó exclamar con angustia: *¡Oh, Jesús mío, esto no.... ¡Todo sí, todo; pero no esto!...*”

“*¡Esto!*”, ese esto, ¿debía de ser la penosa y dolorosa enfermedad?... *¡Esto!*... debía de ser, sobre todo, el desamparo interior, la ausencia del muy Amado... Acostumbrada a su querida presencia, a su cotidiana conversación, no podía -sin un desgarramiento doloroso- aceptar esta privación. Así, notamos desde aquel día impresa sobre su fisonomía una profunda tristeza.

Atacada de un gran catarro, al cual se juntaron diversas complicaciones muy graves, recibió la santa Unción el 13 de Febrero de 1907.

Un doloroso Calvario le quedaba que subir: cinco semanas de supremas purificaciones, durante las cuales, su Salvador la identificó más que nunca, para hacerla más semejante a Él, a las agonías físicas y morales de su Pasión. Ya la había prevenido antes: *“El mal que te dará la muerte, saldrá de mis Llagas.”* Nos percatábamos de que algo misterioso había en este último combate de la naturaleza...

El 21 de Marzo, después de una noche de terribles sufrimientos, sobrevino un gran sosiego y un gran silencio... Toda la Comunidad rodeaba a la moribunda, recitando millares de veces las queridas invocaciones a las santas Llagas.

En fin: a las ocho de la noche, en las primeras vísperas de sus Dolores, María venía a buscar a la hija ¡a quien había enseñado a amar a Jesús!... Y el Esposo recibió para siempre en la Herida de su Corazón Sagrado a la esposa de quien había hecho aquí abajo su Víctima muy amada, su Confidente y el Apóstol de sus santas Llagas.

Dios sea bendito.

INDICE

Aprobaciones
Al lector

Infancia y juventud
Primeros años de Religión
Velas y penitencias corporales
Tres días de éxtasis
Juicio de los Superiores eclesiásticos
La "Misión"
Motivos de devoción a las santas Llagas
La Corona de Espinas
¡El Corazón de Jesús!
Promesas de Nuestro Señor
Las santas Llagas y la Iglesia
Las santas Llagas y las Almas del Purgatorio
Las santas Llagas y el Cielo
Petición de Nuestro Señor
Los pecadores
Las santas Llagas y las almas religiosas
Cómo supo corresponder la Hermana María Marta a los deseos de Jesús
Últimos años y muerte de la Hermana María Marta

D. S. B.